

La política exterior y de seguridad de Turquía: europeísmo, neo-otomanismo y neo-euroasianismo

Turkey's foreign and security policy: europeanism, neo-ottomanism and neo-
 eurasianism

Paloma González Gómez del Miño¹

¹ Universidad Complutense de Madrid, España

pagonzal@ucm.es

RESUMEN. Desde la llegada al poder del Partido de la Justicia y el Desarrollo, su objetivo central es convertir a Turquía en una potencia regional. En esta lógica, la política exterior y de seguridad ha tenido que combinar su evolución doctrinal y la continua adaptación de sus estrategias al entorno geopolítico. Este artículo analiza el alcance de la política exterior de Turquía a través de las diferentes visiones geopolíticas dominantes para explicar la evolución de esta política en las últimas dos décadas, en una compleja interrelación entre las dinámicas internas y el contexto internacional en el que se desenvuelve.

ABSTRACT. Since the Justice and Development Party came to power, its central objective has been to turn Turkey into a regional power. In this logic, foreign and security policy has had to combine its doctrinal evolution and the continuous adaptation of its strategies to the geopolitical environment. This article analyses the strategic scope of Turkey's foreign policy through the different dominant geopolitical visions in order to explain the evolution of this policy over the last two decades, in a complex interplay between domestic dynamics and the international context in which it operates.

PALABRAS CLAVE: Turquía, Política exterior, Visiones geopolíticas, Europeísmo, Neo-otomanismo, Neo-euroasianismo.

KEYWORDS: Turkey, Foreign policy, Geopolitical visions, Europeanism, Neo-ottomanism, Neo-eurasianism.

1. Introducción

Turquía, desde la llegada al poder del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), destaca por su activismo, por su papel creciente en determinadas zonas y por el importante cambio en política exterior y de seguridad abandonando el carácter encorsetado que la caracterizó en los años noventa. Esta política se inserta en un contexto internacional como el actual caracterizado, en primer lugar, por la reorganización y transición del orden vigente consolidado tras el fin de la Guerra Fría y, en segundo lugar, por adaptar el posicionamiento de diferentes potencias globales y de segundo orden. En este sentido, el escenario internacional ofrece mayor margen de maniobra y expansión a potencias regionales como Turquía a la vez que se identifican distintos períodos en la acción exterior en los veinte años de gobiernos del AKP.

Turquía, como heredera del Imperio Otomano considera que es una potencia por derecho propio, con un rico legado histórico, con gran arraigo cultural y con ascendente como Estado nación, no siendo fruto del consenso entre las grandes potencias. Su ubicación privilegiada en un enclave estratégico, en el cinturón que abarca del Mediterráneo al Pacífico, denominado Rimland por la geopolítica, confiere a este actor internacional gran valor geoestratégico atendiendo al concepto de “profundidad estratégica”, que hace referencia a que el peso en el mundo de una nación está ligado a su posición y a la riqueza del pasado. En esta lógica, Turquía como un Estado central ha de jugar un papel sustancial en la política internacional y en la regional.

Existe gran dificultad a la hora de establecer y determinar cuáles son las fases que configuran la política exterior de Turquía en las últimas dos décadas objeto de análisis de este estudio dada la falta de homogeneidad en los períodos. Ello, en buena medida debido a la interrelación entre los cambios a nivel político desde el ascenso al poder en 2002 del AKP que ha colocado a la política exterior turca como un elemento central en su ideario político en un complejo juego de correlación de fuerzas domésticas consiguiendo posicionar a Turquía como un actor relevante no solamente a nivel regional. En términos generales, la nueva política exterior y de seguridad de Turquía combina las herramientas de soft power, que caracterizan la primera década del milenio, con actuaciones más militarizadas y asertivas.

Esta nueva política exterior presentada por el AKP ha sido denominada informalmente con el difuso término de neo-otomanismo. Sin embargo, a partir de 2016 y debido a la necesidad de este partido político, dada la erosión de su base social, de pactar con el Partido de Acción Nacionalista (MHP) y su consiguiente giro nacionalista, se acentúa en la agenda exterior turca la visión neo-euroasianista. Ambas corrientes, lejos de ser excluyentes, han ido expresándose en la política exterior turca de manera relativamente complementaria en función del equilibrio de fuerzas entre las distintas facciones políticas que sostienen dichas visiones. Así mismo, es importante señalar su carácter no monolítico puesto que también son objeto de cambios y transformaciones en función de la situación interna e internacional de Turquía.

Además, junto al euroasianismo y el neo-otomanismo, debe mencionarse una tercera visión geopolítica que ha predominado en la política exterior turca como objetivo estratégico: la europeísta, que también es descrita como occidental centrada en su pertenencia a la OTAN, pero sobre todo en la adhesión a la Unión Europea. No obstante, esta corriente ha ido perdiendo presencia e influencia en el proceso de toma de decisiones turco debido a la ruptura producida en el seno del AKP entre las facciones erdoganistas y gulenistas en 2014 y el giro de Turquía hacia Oriente Medio y su entorno vecinal, reforzado por un nacionalismo de carácter más secular para expandir su influencia en una zona que ofrece oportunidades, aunque también suponga nuevos retos a la seguridad.

Este estudio se asienta en la hipótesis de que el mayor activismo de la política exterior y de seguridad de Turquía en las dos décadas en el poder del AKP obedece a la conjunción de los dos factores que interactúan en la toma de decisiones : a) el doméstico que influye de manera determinante en esta política en función de los intereses y equilibrios de poder del AKP con otros actores políticos internos; b) el internacional-regional donde Turquía aprovecha los cambios sistémicos para implementar su influencia como potencia. El artículo analiza la evolución y las etapas de la política exterior y de seguridad de Turquía desde la llegada al poder del

AKP, atendiendo a las principales visiones geopolíticas que predominan. En esta lógica, se sigue una doble línea de análisis: la política interna y su relación con la acción exterior.

2. Marco metodológico

Con el nuevo milenio Turquía ha adoptado un papel más activo en su política exterior mediante una visión estratégica, es decir, la reinterpretación de su papel regional y global en un escenario internacional que ofrece mayor margen a aquellas potencias de segundo y tercer orden (Oguzlu, 2020: 129). Esta nueva perspectiva implementada por el AKP se asienta tanto en su emergente proactividad en política exterior (Keyman, 2017: 62) como en su historia al ser heredera del imperio otomano y en su ubicación. Como potencia regional aspira a ocupar una posición central y no periférica en el orden regional e internacional frente al asumido desde el período de la Guerra Fría. Por tanto, “Turquía considera que no es una nación más que emerge en un contexto de acuerdos entre grandes potencias, sino una potencia regional por derecho propio, con un pasado claro como Estado nación y con un amplio alcance estratégico” (Sánchez Herraiz, 2022: 49).

Las distintas etapas de la política exterior de Turquía, desde su fundación en 1923, vienen marcadas por su situación geográfica como enclave entre distintas culturas y regiones, pudiendo distinguirse cuatro períodos: el de la República, el de la Guerra Fría, la década de 1990 y los gobiernos del AKP. Centrándonos en el último período este actor internacional transita desde una posición basada en la cooperación (Kara & Sözen, 2016: 57) y el multilateralismo (Isiksal, 2017: 20) a otra más militarizada y agresiva (Balta & Özel: 544), aunque también marcada por el pragmatismo frente a épocas previas donde el peso de la ideología era fundamental (Ömür Atmaca & Torun, 2022: 115; Akkoyunlu, 2021). Será en el período posterior a la Guerra Fría cuando esta República empiece a diversificar sus relaciones y fortalecer su presencia en los Balcanes, el Caucaso y Oriente Medio donde se ha posicionado como un actor determinante en las dinámicas regionales (Soler i Lecha, 2020: 96) con un punto de inflexión en los años 2011 y 2016 (Akkoyunlu, 2021: 256), sin abandonar su objetivo histórico de convertirse en socio de la Unión Europea.

Este artículo utiliza los principales postulados del Análisis de Política Exterior (APE), en este caso aplicados al caso de Turquía, que suponen un marco teórico de estudio en la disciplina de las Relaciones Internacionales para diseminar la acción exterior de los Estados en los que se deben tener en cuenta dos niveles de interdependencia: el contexto interno y el internacional (Hudson, 2005: 12-13), además de factores materiales e intersubjetivos (Hudson & Day, 2020: 8-11). Los APE como marco de análisis entre diferentes actores, principalmente los Estados, se adecúan a una realidad compleja, no estanca e inamovible donde la política exterior requiere orientaciones de carácter “multinivel, multidisciplinar y multicausal” (Morín & Paquin, 2018: 7-8), así como la categorización entre fines y objetivos (Pérez Gil, 2021).

3. Los primeros años del AKP y su consolidación

Desde la II Guerra Mundial la política exterior de Turquía se centra en Occidente mediante las relaciones con este bloque. Su ingreso en la OTAN (1952) y una alianza estratégica con Estados Unidos afianzan su posición como socio vital en la infraestructura de seguridad del grupo atlántico, beneficiándose, principalmente, en términos de securitarios, militares y económicos. Con las iniciativas del presidente Turgut Özal en los Balcanes y Asia Central, al final de la Guerra Fría, se empieza a poner de relieve el término neo-otomanismo en la acción exterior turca, que tras la llegada al poder del AKP la retórica de esta doctrina vuelve a implementarse, en particular con el arquitecto de la segunda ola Ahmet Davutoglu. En Turquía la acuñación del neo-otomanismo se atribuye a Cengiz Candar periodista y asesor de Turgut Özal, siendo uno de los primeros defensores de una acción exterior asentada en este concepto.

En la obra “Profundidad Estratégica” publicada en el año 2000, quien fuera asesor de política exterior del Primer Ministro Erdogan, Ministro de Asuntos Exteriores de Turquía (2009-2014) y Primer Ministro (2014-2016) Ahmet Davutoglu deja planteadas las bases de la política exterior mediante la doctrina de la Profundidad Estratégica adoptada por el AKP. Aunque no menciona al neo-otomanismo, si afirma sus fundamentos donde la identidad histórica del Imperio Otomano debe establecerse como estrategia exterior de la República de

Turquía. Además, en Davutoglu subyace una concepción expansionista asentada en el poder innato de esta nación debido a su posición estratégica como punto de intersección entre Asia, África y Europa, lo que posibilita establecerse como potencia geoestratégica a través de una política exterior más activa (Ersen, 2019: 40; Murinson, 2006). Ahora bien, el neo-otomanismo se ha expresado en la práctica de variadas formas, pero sin abandonar que esta doctrina ofrece valiosas posibilidades para que Turquía establezca un orden en su región y en el mundo musulmán.

Durante la primera década de gobierno del AKP, los esfuerzos de Ankara a nivel internacional tuvieron una doble orientación: de una parte, las negociaciones con la Unión Europea respecto a su candidatura como Estado miembro (Ömür Atmaca & Torun, 2022); de otra, mediante el establecimiento de una serie de relaciones diplomáticas sólidas con los países vecinos a través de acuerdos de libre comercio e iniciativas de mediación entre Estados en aquellas zonas de conflicto y tensiones (Kutlay & Önis, 2021: 1090-1093; Oguzlu, 2020). Con ello, Turquía adopta una estrategia denominada y sintetizada como cero problemas con los vecinos en tanto que es la vía para asegurar la estabilidad propia. Este planteamiento, asentado en componentes geoculturales, geopolíticos y geoeconómicos, supone la manifestación de la conectividad interregional, el uso del poder blando, el diálogo político y la seguridad regional, además de la interdependencia económica y la armonía cultural.

La doctrina de la Profundidad Estratégica se desarrolla en un contexto de creciente bonanza económica gracias a las políticas de reestructuración y liberalización económica aplicadas por el AKP y que significan el fin del modelo económico rentista vigente hasta finales de los noventa, permitiendo que las facciones en el poder y con intereses, ya fuera en Europa o en Oriente Medio, cohabitasen y se beneficiasen mutuamente de las ganancias repartidas por el Estado turco (Yılmaz, 2020: 13; Berdirhanoglu, 2021). Ambas políticas se realizan complementariamente sin derivar en notables enfrentamientos entre los grupos políticos representantes de sendos sectores sociales y que, en conjunto, reflejan el intento del bloque político gobernante por adaptarse al nuevo contexto internacional que comienza a perfilarse a mediados de la primera década de este siglo.

La necesidad de plantear una política introspectiva, es decir, orientada a implementar un islamismo moderado y un ejemplo exitoso de positiva gestión económica dotan al AKP de gran éxito interno, aumentando la popularidad de Erdogan como líder. El éxito inicial del AKP radica por un lado, en su capacidad para perfilarse como un partido capaz de aplicar un amplio paquete de reformas que mejore la pésima situación en la que Turquía se había sumergido y, por otro lado, en presentarse como un partido político moderado para evitar el recelo de las fuerzas armadas. Esta estrategia reconoce el papel objetivo que el ejército juega en la historia contemporánea de Turquía, puesto que ha actuado como garante del régimen kemalista y, además, pretende evitar que cualquier formación islamista mínimamente radical se mantenga durante un excesivo periodo de tiempo en el poder y no pueda implementar reformas políticas de calado (Sayari, 2014).

No obstante, esto no implica que el AKP interprete el papel de un actor moderado comprometido con la integración europea, sino que, también, estas políticas emprendidas responden a los intereses objetivos de un sector del AKP. En el caso de la política europeísta, al de unos sectores vinculado a las grandes empresas turcas y con intereses comunes al de las empresas occidentales dadas las inversiones de estas sobre aquellas y cuya propia capacidad productiva les permite poder competir con otras terceras empresas occidentales. Esta fracción, a grosso modo, se concretiza en la línea gulenista dentro del AKP y es la principal promotora de impulsar las negociaciones para la adhesión a la Unión Europea (Yalvac, 2016: 14; Balaban, 2021: 282). Este hecho, supone un cambio significativo en el seno de la élite musulmana turca y su visión respecto a la Unión Europea, puesto que hasta finales de los años noventa se oponían radicalmente a cualquier acercamiento a la Europa comunitaria.

Respecto a la política de Turquía en Oriente Medio, los principales sectores interesados serán aquellos surgidos durante las reformas económicas de finales de los años ochenta y comienzos de la década siguiente aplicadas por Turgut Özal. Son los grandes beneficiarios de la victoria del AKP en la medida que se integran por

primera vez en el reparto de poder dentro del Estado turco (Kutlay, 2011; Rodríguez López, 2017). Denominados como los “Tigres de Anatolia”, su paulatina consolidación les permite asegurar su situación en el mercado turco siempre y cuando las políticas proteccionistas del Estado mantengan a raya las inversiones y la presencia de las empresas internacionales occidentales (Atiyas, Bakis, & Ceviker Gurakar, 2016; Önis & Kutlay, 2013: 1420-1421). Sus intereses se hayan en el mercado de Oriente Medio, por lo que las iniciativas de mediación, las propuestas para la estabilidad y los acuerdos de libre comercio impulsados por Turquía refuerzan sus objetivos. Además, los avances en la adhesión europea también benefician a este sector dado que las reformas planteadas por Bruselas respecto a la restricción del ejército en la política permiten al AKP mayor margen de maniobra (Dalay & Friedman, 2013: 127-130).

Las grandes empresas turcas internacionalizadas y los propietarios medianos que aspiran a integrarse en el mercado internacional requieren un escenario regional seguro donde las inversiones de capital y la actividad financiera regular no se vean entorpecidas. Sin embargo, la estabilidad interna entre fracciones políticas con intereses divergentes comienza a agrietarse conforme el AKP se va consolidado, pues por un lado están los sectores sociales representados por el AKP y, por otro, los intereses de otras organizaciones políticas. Además, está el tercer grupo que son las Fuerzas Armadas que mantienen el ideario de un Estado kemalista cuya participación en la política responde a los intereses del sector heredero de la ideología del fundador de la República, Mustafa Kemal Atatürk (Burak, 2011: 146).

En las elecciones de 2007 el AKP renueva su mayoría y Abdullah Gül es elegido Presidente. Sin embargo, el ejército manifiesta su preocupación respecto a que acceda a la presidencia un candidato cuyos valores puedan ser contrarios a los republicanos (Ural, 2012: 732). Ante esta situación el AKP, que había logrado consolidar su posición social a través de los vínculos con la organización gulenista, responde contundentemente, señalando que cualquier intervención de las Fuerzas Armadas en política es inaceptable. El presidente Gül inicia un proceso judicial contra los militares para juzgarlos por su participación en lo que el AKP denominó como intento de Golpe de Estado. Con estas actuaciones la tradicional capacidad tutelar del ejército queda notablemente mermada (Tas, 2017). No obstante, el amplio apoyo social recibido en los comicios por el AKP comienza a diluirse por la crisis económica que sacude al sistema financiero global, empeorando las condiciones de vida de la población.

4. La búsqueda de la autonomía estratégica

Hasta entonces, la política exterior turca se esfuerza por asegurar relaciones estables y cordiales con sus vecinos inmediatos. Mediante la doctrina de cero problemas con los vecinos las visiones geopolíticas europeístas y neo-otomanistas encuentran acomodo simultáneo a través de la ambivalencia entre occidente y oriente desde cinco ejes principales. Además de la Unión Europea, Turquía concentra su actividad diplomática en Iraq, Irán, Israel y Siria (Özdemir, 2010: 278 y ss.). Desde este prisma, los objetivos principales de Ankara conjugan la diplomacia, el aumento del comercio, la solidaridad con los vecinos y la cooperación regional estratégica, de modo que la efectividad de la agenda turca quede también sujeta a la participación en distintas organizaciones y foros regionales (Özpek & Demirag, 2014: 333-337; Cerami, 2013: 130, 136).

Esta política utiliza herramientas del soft power en zonas donde Turquía aprovecha el ascendiente que le otorga su pasado otomano y pretende proyectar su poder mediante la cooperación e integración con los países vecinos, beneficiada por la diversidad geográfica de esta nación que comparte fronteras con ocho países y que se podrían convertir si no se traducen en relaciones positivas en “cero vecinos sin problemas”. En cuanto a las distintas decisiones diplomáticas destacan los sucesivos acuerdos con el Gobierno Regional del Kurdistan iraquí, sobre todo en materia de energía, lo que genera, sin embargo, tensiones con Bagdad; iniciativas para servir de mediador respecto al programa nuclear iraní; propuestas para acercar posiciones entre Israel y la Autoridad Nacional Palestina, así como con entre Israel y otros países árabes; y la firma de acuerdos de cooperación militar y de amistad con Damasco (Sheharyar Khan, 2015: 37-42; Cetinoglu Haunoglu, 2015).

La reconfiguración del poder global hacia un mundo multipolar donde la hegemonía occidental está

cuestionada al surgir poderes que desafían el orden internacional liberal y las potencias regionales aprovechan las oportunidades que ofrecen las estructuras de la gobernanza mundial, Turquía adquiere mayor asertividad como un actor dinámico frente a su papel de cumplidor pasivo, término utilizado por Önis, o ser el flanco sur de la OTAN desde finales de la II Guerra Mundial o basar su principal anclaje en Occidente. En esta lógica de reestructuración del orden internacional, Turquía adopta un margen de maniobra mayor que responda a sus intereses mediante la multidimensionalidad de la política exterior, sin que esto suponga desligarse de Occidente. Por tanto, también se verá fortalecida la bilateralidad con China y Rusia, sumado a la mayor apertura hacia África, las repúblicas de Asia Central, los Balcanes y el Cáucaso.

Respecto a la evolución de las relaciones entre Turquía y la Unión Europea se continúa introduciendo reformas para cumplir los criterios de Copenhage (1993) en materia política, económica y legal que debe cumplir el candidato a la adhesión. Así, en 2005, el Consejo Europeo abre la apertura formal de negociaciones para la adhesión que el gobierno de Ankara califica como “una victoria sobre los prejuicios”. Sin embargo, dos años después se estancaron, en una Unión Europea dividida, por la posición renuente de Francia o los cambios de Alemania respecto a la membresía total de este país, a lo que hay que sumar otros factores que abarcan desde argumentos culturales, su tamaño, la propia crisis de la Unión Europea en torno a la constitución y el ingreso de Chipre sin resolver sus disputas territoriales, una cuestión de política exterior o interior, pero que no sería posible sin que Turquía reconozca a esta República y retire las tropas en la isla. En este escenario, no se podía descontar que Turquía buscara alianzas alternativas ante una situación de incertidumbre trazada por un discurso comunitario ambiguo.

La adhesión a la Unión Europea supone un componente esencial en la alineación turca con Occidente, además de una agenda de reformas, sin precedentes, que Bruselas impone a esta República experimentando un proceso de transformación doméstica muy determinante. Sin embargo, los esfuerzos de Turquía para formar parte de la Europa comunitaria, considerada como una prioridad estratégica, se fueron reduciendo hasta encallar en 2013 mostrando una postura más cautelosa y reticente (Tocci, 2014). Con independencia del cumplimiento o no de los tres criterios que la Unión Europea determina para evaluar a los Estados candidatos, en el caso de Turquía existen una serie de obstáculos que también van a jugar un papel relevante: la cuestión de Chipre; el impacto poblacional y su repercusión en el número de votos en las instituciones -Consejo y Parlamento Europeo- que cambiaría el balance of power; y el factor cultural que levante el temor de poner en riesgo el “demos” europeo.

A nivel interno las tensiones abarcan a las distintas fracciones gulenistas y erdoganistas, cada vez más agudas entre 2010 y 2013 hasta derivar en ruptura. Esta lucha encubierta responde a las divergentes visiones en relación con el papel que Turquía debe ocupar en el escenario internacional y cual es su horizonte estratégico. Mientras Erdogan apuesta por dotar a Turquía de un papel más preponderante y activo, el Movimiento Gulenista se muestra favorable a preservar la posición alcanzada. Otro motivo de discrepancia radica en la posición respecto al Partido de los Trabajadores Kurdos (PKK). Además, están las exigencias gulenistas de acrecentar su número de representantes en las listas de las elecciones de 2011, propuesta rechazada por Erdogan (Tas, 2017: 4). Las relaciones entre estos dos sectores políticos quedan fracturadas y se inicia una campaña velada para descabezar al Movimiento Gulenista, pero evitando dañar o atacar a la figura de su líder (Tee, 2021: 95).

Como señala Oguzlu (2020: 133-134), la etapa final de gobierno del AKP en la primera década del siglo XXI se caracteriza en el ámbito externo por el inicio del deterioro de las relaciones entre Turquía y los países occidentales debido al enfriamiento de la agenda europea ante la falta de activismo en el proceso de adhesión, a lo que se suma algunas diferencias con Estados Unidos. Esto se va a traducir en mayor atención hacia Oriente Medio que se ampliará con los cambios en el orden regional tras las primaveras árabes. En el ámbito doméstico, las discrepancias entre el sector liderado por Erdogan y el potente Movimiento socio-religioso Gulenista, con amplio arraigo en un amplio número de ciudadanos, en la policía y en el poder judicial, además con influencia más allá de las fronteras de Turquía -Asia Central, Oriente Medio, América, los Balcanes y algunos países de África-, termina por consolidar a los primeros en las instituciones estatales e implementar su

realidad como hegemónica (Yalvac, 2016).

5. La hegemonía del neo-otomanismo

A comienzos de la segunda década del milenio el desarrollo de la política exterior y de seguridad de Turquía se muestra totalmente antagónico. Esto, sumado, en primer lugar, a las transformaciones que suceden a nivel regional derivadas de las primaveras árabes que crean un escenario cambiante y, en segundo lugar, a la nueva correlación de fuerzas dentro del bloque político en el poder fueron los detonantes para reorganizar y reestructurar, en profundidad, esta política. Así, la doctrina de cero problemas con los Estados vecinos da paso a una nueva política, mediante la aplicación del neo-otomanismo, como base para lograr que Turquía tenga una posición regional de mayor peso, aunque esto suponga que los acuerdos y compromisos diplomáticos también se alteren en algunos casos.

El cambio en la política exterior obedece a los medios con los que se la dota para lograrlo mediante posturas partidistas que abandonan la etapa de neutralidad y mediación. Puesto que la relativa y débil estabilidad que había caracterizado el orden regional en Oriente Medio durante la primera década se ha desvanecido con la erupción de las primaveras árabes, la posición mantenida por Turquía como Estado mediador y pacífico, centrado en una actividad diplomática-económica (Özpek & Demirag, 2014: 334; Isiksal, 2017: 24) en la historia del imperio otomano y en el componente religioso musulmán pierde la justificación material. En cambio, la nueva situación de la región que ha roto los precarios equilibrios existentes abre posibilidades a esta potencia periférica, ofreciendo la posibilidad de tomar una mayor iniciativa en este escenario convulso (Babci & Serdar Erdumaz, 2017).

Oriento Medio se posiciona como la región más permeable a la influencia turca, lo que supone un eje central en detrimento de la integración europea, desdeñada por el Movimiento Gulenista que es desalojado del aparato estatal según se intensifican las pugnas en el seno del AKP. De tal modo, este cambio de orientación en la acción exterior obedece por un lado a las mutaciones acontecidas a nivel interno y que, en suma, representan los intereses del sector social principalmente encarnado por el AKP de Erdogan: los Tigres de Anatolia (Atiyas, Bakis, & Ceviker Gurakar, 2016; Benli Altunisik, 2020), la principal base empresarial de apoyo al AKP. Pero, por otro lado, también la región ofrece oportunidades por la quiebra del statu quo, además de factores que se presuponen juegan a favor de los intereses turcos entre los que se encuentran la similitud cultural, la población musulmana y la historia de esta zona que perteneció al Imperio Otomano.

Resultado de estos cambios, tanto domésticos como regionales Turquía deja de percibirse a sí misma como un simple actor puente entre en Oriente y Occidente para erigirse como una potencia regional con un claro carácter proactivo e independiente. Ankara comienza a aplicar una política basada en la configuración de alianzas importantes con diferentes Estados (Özpek & Demirag, 2014: 338; Aras & Akarcersme, 2011: 46; Demir, 2017), aunque asegurando su autonomía estratégica, sin subordinarse a ninguno. Esta política selectiva se enfocada inicialmente en Iraq y Siria como vías para ampliar su proyección geopolítica regional y global una vez que ambas zonas quedan desestabilizadas ofreciendo valiosas posibilidades para afianzar su visión geoestratégica en el mundo musulmán.

Volviendo al impacto de las protestas árabes, los cambios de régimen y conflictos civiles derivados en algunos de los Estados donde los anteriores gobiernos han sido derribados significa una gran oportunidad geopolítica para Turquía en la medida que el modelo de gobierno impulsado por el AKP se podía convertir en un ejemplo a seguir (Aoudé, 2020). Aunque en un principio Turquía se muestra cautelosa ante el desarrollo de los acontecimientos, una vez que comienzan a generalizarse las protestas y definitivamente la balanza se inclina en favor de los manifestantes, Libia, Túnez y Egipto reciben abiertamente apoyo. Especialmente los Hermanos Musulmanes (HHMM) suponen un polo de influencia para la República turca justificado por la afinidad ideológica como movimiento del islam político en general y a esta organización en Siria y Egipto tras la caída de Mubarak. El ejecutivo turco ve en esta organización, que había salido de la clandestinidad y que goza de una amplia base social, una oportunidad para establecer un nuevo orden regional más seguro y

beneficioso para sus intereses (Aras, 2019: 10).

Turquía apoya a los HHMM que llegaron al poder tras las primeras elecciones democráticas en Egipto, convirtiéndose junto a Catar en los principales valedores externos de esta organización. Su relación activa el carácter ideológico e islamista de la política exterior turca, aunque no sea el único elemento que determine el intervencionismo en el país. El golpe de Estado en Egipto lleva al poder al Abdelfatah al-Sisi en 2013, quien clasifica a la organización como terrorista, encarcela a los principales líderes e ilegaliza sus actividades políticas y sociales. Desde entonces, las relaciones entre Ankara y El Cairo han ido consolidando una nueva rivalidad pues el presidente egipcio pretende constreñir la influencia del islam político en la región chocando con los intereses turcos no solamente en Egipto, sino también en Libia al apoyar a diferentes facciones o a Hamás mediante el soporte político y económico, actuaciones que fortalecen políticamente a los Hermanos Musulmanes.

Sin embargo, el paso definitivo se produce con el apoyo a los movimientos antigubernamentales al inicio de las protestas en Siria y su radicalización y militarización. Las posibilidades y oportunidades ofrecidas por un potencial gobierno islamista en Damasco a través del apoyo directo a grupos opositores al régimen de al-Asad, es decir, claramente alineados con los intereses turcos en la región, implicarían un potencial cambio radical en el orden regional y en el equilibrio de fuerzas en beneficio de Turquía. Los factores que motivan el intervencionismo turco en Siria, con independencia de la minoría suní frente a la mayoría sunita, abarcan cuestiones de seguridad mediante una frontera común de 911 km, la acogida de refugiados sirios, la hegemonización del tema kurdo cuya población en este país suponen cerca de dos millones y algunas fuerzas políticas sirias próximas al Partido de los Trabajadores del Kurdistán. En suma, el activismo en Siria, que incluye el conflicto armado, viene condicionado por la seguridad, la ideología, el nacionalismo, el apoyo al islamismo y por cuestiones de la política interna de Turquía.

En un escenario multiforme como es Oriente Medio tras las primaveras árabes repleto de incertidumbre, a lo que también contribuye el vacío de poder regional producido por la deposición de diferentes gobiernos y el repliegue en la región por parte de Estados Unidos, posibilita que Turquía adopte una posición más decidida a la hora de reafirmarse como potencia geopolítica para salvaguardar y acrecentar sus intereses. En este sentido, la situación de la región pasa a verse como un escenario que constriñe, limita y obstaculiza los intereses y ambiciones otomanas y donde ni siquiera algunos socios y aliados en los que se había apoyado eran ya fiables (Soler i Lecha, 2020: 100). De tal modo, la militarización de la política exterior turca se ha convertido en una realidad estratégica, respaldada por el desarrollo adquirido de la potente industria militar nacional. Esta pieza importante proporciona mayor autonomía cumpliendo una doble función pues, por un lado, reduce la dependencia externa de Turquía, a la vez que, por otro lado, refuerza su cada vez más asertiva acción exterior.

Durante este periodo, la influencia del neo-otomanismo en la implementación de la agenda exterior turca deviene incontestable. La integración europea deja de ser un objetivo hacia el que orientar los esfuerzos, aunque esto no suponga que Occidente desaparezca del conjunto de intereses otomanos. Turquía se cuida para postularse como un aliado imprescindible no solamente en sus relaciones bilaterales con Estados Unidos, sino, también en la política norteamericana con Oriente Medio aunque actúe de manera más independiente. Lo mismo respecto a la Unión Europea al aplicar unos criterios pragmáticos y rentables económicamente mediante la política comunitaria de externalización de las fronteras donde esta república se convierte en un claro beneficiario. Por tanto, a pesar de producirse periodos de tensión tanto con Estados Unidos como con la Unión Europea es conveniente para este triángulo de actores evitar que los antagonismos deriven en conflicto.

Respecto a la política interna, en 2013 la lucha en el seno del AKP entre la línea erdoganista y el Movimiento Gulenista alcanza un grado de enfrentamiento (Tas, 2017) a la vez que se tienen que enfrentar al descontento social. Los grupos que apoyan a Erdogan continúan la ofensiva apoyándose en una retórica donde acusan al movimiento oponente de fomentar las protestas de Gezi, conspirar contra el AKP y la nación gracias a la financiación de Occidente teniendo como objetivo la desestabilización del país. En este contexto se generalizan las purgas en el Movimiento Gulenista siendo reemplazados del poder institucional algunos cuadros

de la organización por otros más afines al AKP de Erdogan (Tee, 2021: 98; Tas, 2017: 6). Las protestas de Gezi, donde surge un movimiento social antigubernamental, dan paso en el ámbito doméstico a un paulatino giro autoritario, mientras que en el ámbito externo se implementará el recurso al poder duro y un marcado acento antioccidental.

Esta victoria por parte de la línea erdoganista se cobra su propia retribución. Históricamente el AKP había logrado ampliar su base social a través de las diferentes correas de transmisión ofrecidas por el Movimiento Gulenista, quien sirvió de forma efectiva como una de las plataformas para que el AKP se alzase al poder. La ruptura entre estas dos fracciones implica la desarticulación del AKP con un sector social sin que hubiera podido crear un hábitat de conexión directa con ellas. Por tanto, a pesar de haberse establecido una red clientelar entre el Estado y la sociedad civil turca donde el AKP funcionaba como mediador y administrador, el cisma con el Movimiento Gulenista tuvo la suficiente repercusión sobre el electorado para que en las elecciones de 2015 el AKP perdiera la mayoría absoluta (Yalvac, 2016: 16) en el 25º parlamento en la historia de la nación. Erdogan se ve obligado a transigir con otras fracciones del poder político turco. Era necesario alcanzar los dos tercios de representación parlamentaria ineludibles para acometer las reformas constitucionales que se habían propuesto por parte del AKP (Akkoyunlu, 2020).

6. Debilidad interna del AKP: problemas en el frente regional y auge del neo-euroasianismo

La crisis interna del AKP, que se produce por los enfrentamientos entre el Movimiento Gulenista y la línea de Erdogan, supone para los sectores neo-euroasianistas organizados en torno al Partido de Acción Nacionalista (MHP) una oportunidad para incrementar sus posiciones institucionales en el Estado turco en detrimento del Movimiento Gulenista (Akkoyunlu, 2021: 249; Kinikhoglu, 2022: 19). Este Movimiento, que toma el nombre de su líder el clérigo Fethullah Gülen, se muestra partidario de la islamización de la sociedad turca y de trufar progresivamente el aparato estatal mediante la inclusión de una élite muy formada y profundamente religiosa, mientras que la diferencia con el AKP radica en implementar un islamismo de Estado para controlar el espacio político. Las diferencias en política exterior entre estos dos actores domésticos también son sustanciales, pues el Movimiento Gulenista no es partidario de incrementar las relaciones con los vecinos árabes mientras que el proyecto del AKP pasa por reforzar el papel de Turquía en Oriente Medio para aumentar su influencia no solamente en esta zona sino como palanca para su consolidación como potencia regional y global.

La influencia del MHP, muy ideologizado y basado en un liderazgo fuerte, ha ido evolucionando hacia un ultranacionalismo ambiguo que fusiona lo identitario, lo cultural y lo cívico con la defensa del Estado. Esta fuerza de derechas no es que haya virado al centro político sino que ha conseguido llevar su nacionalismo al centro mediante uniones con el partido gubernamental. La alianza entre el AKP y el MHP se sella en 2016, primero con el apoyo ante el intento de golpe de Estado y en segundo lugar, cuando Erdogan recibe apoyo para pasar de un sistema político parlamentario a otro presidencialista, dado que no tenía el suficiente sostén y se preveía un referéndum en 2017 que se saldará con un resultado ajustado. Desde entonces, ambas formaciones políticas se presenan a las elecciones como parte de la Alianza del Pueblo.

El fallido golpe de Estado (2016), en el que se acusa de instigador al Movimiento Gulenista e indirectamente a Estados Unidos, también supone un factor más de refuerzo en la alianza AKP-MHP, representando este partido posiciones pantúrricas y turanistas, por lo que en su ideario Asia Central es una región determinante. Las derivadas del golpe de Estado son canalizadas a través de dos planos, aunque supongan intereses entremezclados sin responder siempre a la misma estrategia: en ámbito doméstico, el giro hacia un proceso de mayor radicalización política, social y religiosa con importantes modificaciones legislativas en cuanto a la concepción política del Estado turco en pro de un régimen presidencialista e islamo-autoritario (González del Miño, 2021), además de la reforma constitucional que otorga al presidente de la república amplias competencias en materia de política exterior (Quamar, 2017); y, en el ámbito regional, se aprecia mayor implicación militarista siendo ejemplos la Operación Escudo del Éufrates (2016), liderada por Turquía para

expulsar de la frontera con siria a los yihadistas del Estado Islámico y a los rebeldes kurdos. A esta operación militar le siguieron, en el norte de Siria, Rama de Olivo (2018), Fuente de Paz (2019) y Escudo de Primavera (2020), reforzando más el control de Turquía sobre la franja norte de Siria.

A diferencia del neo-otomanismo, la corriente neo-euroasianismo ha recibido menor atención doctrinal a la hora de abordar la política exterior turca. Sin embargo, estas visiones geopolítica comienzan a gestarse a mediados de los noventa: el neo-otomanismo como resultado de la apertura económica que Turgut Özal promueve hacia Oriente Medio (Rodríguez López, 2017) y el neo-euroasianismo como producto de la diversificación respecto a las área de actuación exterior que Bülent Ecevit diseña. Ambas responden en sus orígenes a la comprensión política de la realidad como un complemento a la identidad occidental de Turquía (Kinikhoglu, 2022: 9; Ersen, 2019: 33). Sin embargo, el neo-otomanismo carece de una escuela o tradición propia de larga duración, lo que propicia ciertos bandazos e incoherencias en su aplicación, convirtiéndose en la salida práctica que el AKP, y en muchos casos su líder Erdogan, encuentra para sacar adelante la agenda exterior en un contexto específico.

Históricamente, la primera etapa del euroasianismo, o la orientación hacia Eurasia, surge como tendencia en Turquía en la década de los noventa mediante distintas iniciativas de cooperación con esta zona. Turquía opta por enfocarse hacia otra región mediante el ideal turanista, pero sobre todo porque podría significar imponerse como un actor relevante y geoestratégico dado el hueco de poder que se genera en Asia Central por la desintegración de la Unión Soviética. Por tanto, no se trata solamente de cubrir el vacío que deja la Unión Soviética sino explotar los lazos etno-lingüísticos como conductos naturales y las oportunidades económicas de un área rica en gas y petróleo con acceso al mar Caspio. El gobierno de Ankara fue el primero en reconocer a estas exrepúblicas soviéticas enfocando las relaciones en los campos religioso, cultural mediático y educativo.

De esta manera, se va desarrollando el soft power mediante diversos programas de cooperación destinados a ayudar a las recién establecidas repúblicas túrquicas, que se gestionan desde la Agencia Turca de Cooperación Internacional (TIKA) y que constituyen la principal mediación entre Turquía y Asia Central (Kinikhoglu, 2022: 9). Igualmente se crea el Consejo Turquico, un organismo que tiene sus orígenes a comienzos de los años noventa tras el colapso de la Unión Soviética, aunque se funda formalmente en 2009. Esta organización regional dota a Turquía de profundidad estratégica garantizando mayor margen de maniobra en la región y siendo el mayor ejemplo de institucionalización entre estos actores. Ankara también aumenta el número de visitas oficiales, intercambios diplomáticos, cooperación económica y conocimientos know-how y acuerdos comerciales que permiten acceder a los mercados regionales, además de utilizar el soft power mediante series de televisión, asociaciones con universidades y proselitismo islámico.

Con el nuevo milenio el euroasianismo dejará de ser una prioridad en la acción exterior turca debido principalmente a dos hechos: el terremoto de Izmit (1999) que supone un momento de reconciliación con Occidente; y la llegada al poder del AKP que apostaba por la integración en la Europa comunitaria en un período de optimismo entre la población y gran parte de la clase política turca. Los postulados euroasianistas los representa principalmente el MHP y apenas ejercen verdadera influencia en la política exterior del AKP durante los primeros años en el poder, quedando muy reducidos a través de ciertas concepciones comúnmente asumidas por el conjunto del bloque político dominante en Turquía (Ersen, 2019: 34). Más aún, sus propios representantes políticos, en 2007, fueron acusados y encarcelados por estar detrás del intento del golpe de Estado contra el AKP debido a su vinculación con el estamento militar y su marcada posición antioccidental (Ersen, 2019: 39-40).

La segunda etapa del ahora denominado neo-euroasianismo obedece al fin de la reconciliación con Occidente a partir del 2007, donde Turquía aspira a convertirse en un actor independiente y en potencia regional. La falta de avances en el proceso de adhesión a la Unión Europea y el efecto menos grave de la crisis económica en Turquía en relación con otros países lleva a la política exterior a posiciones más asertivas focalizando en escenarios de influencia ya sea en Oriente Medio o en Asia Central. Para el MPH, que forma parte de la coalición gubernamental, Asia Central es una región clave para implementar su ideario pantúrquico

y turanista. Las actuaciones emprendidas por Turquía en la primera etapa mediante el soft power dan sus frutos en la época de Erdogan y se han creado unos vínculos históricos, culturales, religiosos, además de económicos y comerciales que permiten a Turquía asentarse como una potencia regional influyente y un socio preferencial en cuestiones que abarcan desde lo identitario a lo comercial en una zona en la que también compiten China y Rusia.

Turquía muestra interés en una zona, el Caspio, con importantes reservas de petróleo y gas, además de encontrar mayores oportunidades tras las sanciones impuestas a Rusia por la ocupación de Crimea (2014). Asia Central supone un espacio de unos 4 millones de km cuadrados, de amortiguación entre Rusia, China e Irán pese a que no comparte fronteras directas con estos países. Su interés se priorizan principalmente en la baza económica, en el papel que proporcionan a Turquía estas exrepúblicas en el juego de la energía para convertirse en un centro de distribución energética, sin entrar en cuestiones políticas de estos Estados como lo hace Rusia. Además, ofrece su condición de puente entre esta zona y la Unión Europea y Estados Unidos por lo que un enfoque comercial le reporta mayor influencia.

7. Los límites de una política exterior multidimensional y geográficamente diversa

La política de Turquía tras el golpe de Estado en 2016 atraviesa un proceso de securitización interna. El autoritarismo competitivo de este régimen hipercentralizado y de mayor desinstitucionalización se ha impuesto, combinando el populismo y el islamismo de carácter más radical con el nacionalismo turco. Además, las transformaciones tienen también su propio correlato económico, pues el deterioro de la economía resulta difícil de enmascarar ante la combinación de la inflación, el desempleo y la depreciación de la lira turca en paralelo con la exaltación del factor religioso como identidad nacional. El modelo expansionista y de mayor activismo militarista de la política exterior beneficia a la economía, especialmente al complejo industrial-militar (Isiksal, 2017; Balta & Özel, 2021: 550). Desde la llegada al poder del AKP esta industria experimenta un salto relevante con un volumen de negocios de 1.000 millones de dólares en 2002 a 11.000 en 2020, posicionando a Turquía en el puesto 14 de los países exportadores.

Ante escenarios geopolíticos cada vez más adversos para Turquía el uso de la fuerza militar se presenta como otra herramienta para preservar y proteger su posición internacional (Kinikhoglu, 2022: 23). La reestructuración de la política exterior se acelera tras el golpe de Estado de julio de 2016 y la salida de Davutoglu de la política activa. Además, a medida que el proceso de toma de decisiones se concentra en la presidencia tras la reforma constitucional de 2017, será Erdogan y los sectores políticos afines quienes principalmente diseñen y dirijan la actividad exterior turca, cada vez más ideologizada (Akkoyunlu, 2020: 260). Esta personalización, donde cualquier presión o contrapeso formal queda suprimido (Akkoyunlu & Öktem, 2016), abarca también a la acción exterior, núcleo principal del equipo del presidente que excluye al aparato del Ministerio de Exteriores.

Desde el inicio de las primaveras árabes el foco de atención de Turquía se centró en apoyar a determinados países que se vieron sacudidos por estas rebeliones populares (Siria, Libia, Egipto) aunque comprometiendo sus relaciones con las potencias que les sustentan: Irán y Rusia en el caso sirio y en el de Egipto las monarquías del Golfo (Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y Barehin). Al margen de estas rebeliones populares con Israel las relaciones se deterioran por el apoyo a Hamas en la franja de Gaza e igualmente con Irak a causa de los acuerdos con la Región Autónoma del Kurdistan (RAK) y el apoyo al Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK) no solamente por parte de Irak sino también en la frontera turco-siria (Aras, 2017: 8) o reivindicando, la anexión a Turquía de Kirkut, el mayor centro petrolero de Irak, mediante el discurso de la “patria perdida”, que retrocede a la visión anquilosada en el marco administrativo otomano.

A nivel externo la interrelación entre los preceptos del neo-euroasianismo expresado por el MHP y del neo-otomanismo han ido dando paso a una visión vertebrada de rechazo hacia el orden internacional occidental, a la vez que el resentimiento contra Occidente se ha convertido en una de las razones de la

fortaleza tanto del MHP como del AKP. Dicha vocación antioccidental cristaliza en el mayor acercamiento a Rusia, potencia con la que Turquía mantiene relaciones positivas desde comienzos del milenio a través de la firma de sucesivos acuerdos energéticos y comerciales, a la vez que se ha ido estrechado sustancialmente la cooperación entre sendos regímenes autoritarios en el campo de defensa y seguridad (Baev, 2021:8; Ozdal, Zvyagelska, & Svistuna, 2021: 9) y en el ámbito económico. Estas relaciones pragmáticas se asientan en compartimentar los temas de la agenda bilateral evitando desacuerdos que puedan poner en peligro la totalidad de las relaciones, aunque ambos sigan compitiendo por acrecentar su influencia en zonas como el Mediterráneo y Oriente Medio aprovechando el vacío que paulatinamente irá dejando Estado Unidos.

Sin embargo, el neo-euroasianismo es a fin de cuentas una visión netamente nacionalista que, por extensión, se articula en torno a la defensa de los intereses del Estado turco (Kinikhoglu, 2022: 21-23). En esta lógica, Turquía y Rusia chocan en diferentes frentes, como en las exrepúblicas soviéticas centroasiáticas donde Moscú no abandona recuperar su influencia y Ankara amplía el ideario panturquico mediante lazos culturales e históricos que le doten de mayor profundidad estratégica. Otro caso es la guerra de Nagorno-Karabaj (2020) donde Turquía no olvida las raíces otomanas mientras que Rusia es el mayor aliado de Armenia desde el genocidio de este país en 1915. Un tercer caso lo representa Siria en una relación de realpolitik al mantener Rusia a su aliado al-Asad en el poder permitiendo a Turquía la ocupación militar en una franja del norte sirio, considerada como una zona militarizada para contener a las fuerzas kurdas y a otras milicias apoyadas por los rusos. Un cuarto ejemplo representa el proceso de Astaná sobre el alto el fuego en Siria donde, con otros actores Estatales y no estatales, han intervenido Rusia, Irán y Turquía como representantes de los países garantes del cese de hostilidades.

Las relaciones entre Rusia y Persia nunca fueron fáciles remontando la rivalidad medio milenio con 11 guerras, en el más antiguo juego de poder en la región y que no ha terminado en la época actual. Durante los primeros años del AKP en el gobierno de Turquía las relaciones progresaron por dos temas comunes: la visión islamista que compartían y la invasión de Irak, aunque luego se deterioran porque uno y otro buscan la influencia regional e internacional en perpetua rivalidad. Sin embargo, la compartimentación entre los distintos temas que comparten la agenda bilateral es la clave que marca esta política y seguirá imprimiendo el futuro. El acercamiento de Turquía a Rusia se produce más por intereses concretos que por una convicción estratégica debido a las limitaciones del neo-euroasianismo, o dicho en otros términos un euroasianismo suave, aunque Moscú intenta recuperar influjo en las exrepúblicas soviéticas centroasiáticas, mientras que Ankara despliega un relato panturquico asentado en lazos culturales e históricos. Esto no obsta para que ambos actores consideren a esta zona parte de su influencia.

Turquía y Rusia comparten visiones similares en relación al orden internacional liderado por Occidente, a quien utilizan tanto Erdogan como Putin mediante un discurso condenatorio cuando tienen problemas internos. Der aquí que la cooperación en asuntos donde los dos actores ganan sea un factor clave que sostiene la bilateralidad. La interdependencia económica representa un eje importante y positivo de la agenda común al ser Turquía el quinto socio de Rusia en este terreno y Rusia el segundo de Turquía. Igualmente, el turismo tiene un amplio espacio en las relaciones al suponer el 20% de extranjeros rusos en Turquía en 2019. Aunque ha ido disminuyendo la dependencia energética del gas, Rusia es el principal proveedor de Turquía tanto de productos petrolíferos como de gas, con el 41% en 2020. También Turquía, como núcleo entre el Mar Negro y el Mediterráneo, supone una vía de tránsito fundamental para los hidrocarburos rusos. Por último, Ankara y Moscú han llegado a acuerdos importantes como la puesta en marcha del Blue Stream o la venta de sistemas de defensa aérea S-400 rusos. En el primero de estos acuerdos la intención de Rusia es la diversificación de clientes y provocar dependencia energética que le reporte ventajas estratégicas. El segundo caso, dota a Turquía de mayor autonomía militar y menor dependencia de la OTAN.

Los principales temas que confrontan a estos dos actores también suponen en primer lugar, un caso de competencia compleja y única pues se produce en la vecindad cercana, en Oriente Medio, Asia Central y el Mediterraneo Oriental y, en segundo lugar, la capacidad de compartimentar los variados conflictos desarrollando una compleja fórmula de “entendimiento funcional”. La competencia activa entre Turquía y

Rusia abarca: el apoyo a bandos diferentes en los conflictos de Libia, Siria y Yemen; el corredor hasta el Mediterráneo a través de Irak y Siria; los temores que para ambos supone la cuestión kurda aunque por razones diferentes, siendo sin duda el sustento político de Moscú a los kurdos en territorio turco y en Siria el mayor problema en las relaciones bilaterales, además de los esfuerzos por aumentar la influencia turca entre las facciones suníes de Irak; el acercamiento de Turquía a Israel y a Arabia Saudí donde busca inversiones para la maltrecha economía turca; Crimea donde Turquía mantiene una diplomacia balanceada pues se opuso a la anexión pero no participa en las sanciones internacionales; Chechania donde el pacto Ankara-Moscú incluye que el primero se mantiene neutral a cambio de no apoyar al movimiento kurdo; el reactivado conflicto Nagorno-Karabaj, actualmente bajo un acuerdo de armisticio.

Este conflicto, incluido en la categoría de conflictos congelados, tiene su raíz en 1918 cuando Armenia, de mayoría cristiana, y Azerbaiján, de población mayoritariamente musulmana, se independizan de Rusia disputándose Nagorno-Karabaj, región anexada a la URSS en 1923. Este territorio fue asignado a Azerbaijan. Tras la descomposición de la URSS y la celebración del referéndum de independencia (1991) con el 82% de votos positivos, pero que Azerbaiján no acepta el resultado, reclama Nagorno-Karabaj apelando a la integridad territorial y comienza la guerra que dura hasta 1994. Rusia considera a los Estados post-soviéticos como espacios estratégicos entre Occidente y su territorio para mantener la propia seguridad, mientras que la ONU reconoce a Nagorno-Karabaj como parte de Azerbaijan. Por su parte Turquía apoya sin reservas a Azerbaijan mientras que Armenia es un buen aliado de Rusia desde el genocidio de este pueblo por los otomanos (1915). En las dos últimas guerras en Nagorno-Karabaj (septiembre-octubre de 2020 y septiembre de 2022) no ha sido la ONU quien garantiza el mantenimiento de la paz, sino las potencias regionales al más puro estilo imperial del siglo XIX, pues ambas no querían ningún tipo de intromisión extraregional en una zona de su influencia.

En suma, las complejas relaciones entre Turquía y Rusia, con profundas raíces históricas, han conseguido mantener un status desigual de confrontación cooperativa funcional que benefician los intereses de estas potencias en diferentes escenarios. Un rasgo común de estas dos políticas exteriores es el componente de proyección y refuerzo de la imagen de sus líderes, Erdogan y Putin, así como su carácter amortiguador frente a los problemas internos. Aunque la relación Turquía-Rusia no se la pueda calificar como estratégica, sí que resulta práctica para ambos actores.

8. El Mediterráneo Oriental

El Mediterráneo Oriental también ha ido ganando espacio en la política exterior de Turquía por la acumulación de factores. En primer lugar, está la mayor asertividad de la acción exterior turca con el despliegue de sus capacidades militares en esta zona mediante diversas variables: la ampliación de la soberanía marítima y las exploraciones en yacimientos de hidrocarburos. En segundo lugar, la conformación de alianzas de cooperación y conflicto entre determinados países ribereños. En tercer lugar, la confrontación con Grecia y Chipre en materia de delimitación de aguas territoriales. En cuarto lugar, el peso que han adquirido temas como la energía y las migraciones que no solamente afectan a Turquía y a los Estados ribereños, sino también a la Unión Europea. En suma, las disputas respecto a la distribución de la soberanía en diversas partes de este mar ya suponían un factor de conflicto entre los Estados miembros, pero se ha visto acrecentada esta conflictividad con el descubrimiento de hidrocarburos.

Tras el intento de golpe de Estado de 2016 Erdogan se siente abandonado por sus aliados occidentales. A partir de este suceso se observa una política de recalificación de equilibrios y prioridades junto con el incremento del nacionalismo y el militarismo. Será en este contexto donde aparece en círculos de oficiales de la marina turca una nueva cartografía marítima, que confronta, principalmente, con dos vecinos, Grecia y Chipre. La denominada doctrina de la Patria Azul (Pavi Vatan) supone una visión geoestratégica después del intento de golpe de Estado de 2016 y de la era Davutoglu, aunque su origen se remonte a 2006 cuando el término se emplea por primera vez por el contralmirante Cem Gürdniz. La doctrina se refiere a la reactivación de los intereses marítimos y el control de los mares que rodean a Turquía. Parte de considerar a Turquía como un Estado peninsular con 8.333 kilómetros de costa junto con la península de Anatolía y Rumelia y

aproximadamente 462.000 kilómetros cuadrados de jurisdicción marítima en el Mediterráneo, el Egeo, el Mármara y el mar Negro en su conjunto. Esta doctrina supone una visión geoestratégica y ultranacionalista.

Turquía, mediante esta doctrina, busca expandir su dominio y el control en sus aguas próximas en los tres mares que la rodean, lo que supone mayor influencia regional e internacional, crecimiento económico y energético. Todo esto apoyado en las fuertes inversiones realizadas en la industria de la defensa que se han llevado a cabo desde los años setenta del pasado siglo, tras las sanciones impuestas por el Congreso de Estados Unidos ante la intervención turca en Chipre (Brumage, 2015). La potenciación de esta industria supone un objetivo estratégico de los distintos gobiernos turcos, y muy especialmente por parte del AKP, para garantizar la autonomía estratégica. Conforme “con esta filosofía, el desarrollo de la industria nacional de defensa en los últimos años ha sido espectacular y, en 2020, siete empresas turcas (...) han conseguido situarse en el ranking de Defense News entre las 100 mayores del mundo, dato llamativo si se compara con países como Reino Unido (10 compañías), Francia (4 compañías), Alemania (3 compañías) o España (1 compañía) (Sánchez Tapia, 2021:13).

Los esfuerzos y ambiciones de Turquía en la cuenca del Mediterráneo Oriental no se limitan únicamente al proyecto de ampliación de soberanía marítima, sino que a este se añade un factor relacionado con la existencia de yacimientos de gas natural que se hallan ante las costas de la República de Chipre, a quien Turquía no reconoce, desde que la isla alcanzó la independencia de Reino Unido, e invadió el noreste proclamando un Estado federal, que posteriormente se denominará la República Turca del Norte de Chipre desde 1983. A la tradicional denuncia chipriota por la ocupación militar turca se suma, ahora, las controversias derivadas por la distribución de espacios marítimos que tiene tres dimensiones: la delimitación de la zona económica exclusiva al este de la isla de Creta que afecta a todos los Estados ribereños, la intrusión de Turquía mediante prospecciones para obtener hidrocarburos y la formación de acuerdos bilaterales para establecer la zona económica exclusiva.

Turquía alega derechos de soberanía en lo que interpreta como su zona económica exclusiva y la plataforma continental, mientras que la posición de Chipre y Grecia se asienta en la vulneración de su soberanía marítima por Turquía y en los derechos fijados por la Convención del Derecho del Mar en el marco de Naciones Unidas (1982), que no ha sido ratificada por Turquía, ni por Israel y Siria. La Convención determina que cualquier conflicto debe de ser resuelto atendiendo a la equidad y a las circunstancias pertinentes. Esto “excluye la aplicación por defecto del principio de equidistancia, que establecería el límite de las respectivas zonas económicas exclusivas en la línea intermedia equidistante entre sus costas, debiendo -o pudiendo- tener en cuenta otras consideraciones, como las respectivas longitudes de costa, configuración de las mismas, etc., existiendo jurisprudencia al respecto que afecta al área mediterránea. Turquía aboga por la aplicación del principio de equidad, mientras que Grecia y Chipre lo hacen por el de equidistancia, lo que da lugar a dos visiones difícilmente reconciliables” (Sánchez Tapia, 2019: 7-7).

Al tradicional valor estratégico del Mediterráneo Oriental como vía de comunicación se suma el descubrimiento y las prospecciones de reservas de hidrocarburos desde comienzos de 2009, lo que va a alterar las ya de por sí complejas relaciones geopolíticas regionales. A este descubrimiento en la zona económica exclusiva de Israel, le seguirán otros similares en aguas soberanas de Egipto, Chipre, Líbano y Siria. Las dimensiones del Mediterráneo Occidental dificultan la división de las aguas atendiendo a lo establecido por la Convención de Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar, donde se establece que la soberanía del Estado son 12 millas náuticas en sus aguas territoriales y un máximo de 200 millas en su zona económica exclusiva, teniendo limitados los derechos de soberanía al ámbito de la exploración, explotación, conservación y administración de recursos naturales. Turquía no acepta la delimitación de la zona económica exclusiva en el suroeste de Chipre y condiciona cualquier acuerdo en la plataforma continental al la resolución del conflicto chipriota. En esta lógica, las prospecciones gasísticas constituyen un factor más de agravamiento en las relaciones de Turquía con los países ribereños (Israel, Egipto, Grecia y Chipre) y con la Unión Europea, que ya de por sí tenían una confrontación permanente por la política exterior turca hacia estos actores.

Por último, la crisis migratoria de 2015 y los primeros meses de 2016 por la ruta del Mediterráneo Oriental, denominada popularmente como la “crisis de los refugiados”, afecta directamente a Turquía como país de tránsito o de acogida de migrantes cuyo destino sería la Unión Europea. Esta situación se transforma en una paradoja, pues “lo que había sido una carga para el gobierno turco iba a convertirse a partir de entonces en material para negociar con sus socios europeos, exigiendo que asumiesen parte de los costes de la acogida y que esta voluntad de colaboración se trasladase a otros ámbitos. La naturaleza funcionalista o incluso transaccional de las relaciones entre Turquía y la UE era cada vez más notoria. (...) Ankara se comprometía a controlar sus fronteras y aguas y a la readmisión de aquellos migrantes que cruzaran irregularmente, a cambio de un sistema formal de reasentamiento, de mayores recursos para costear su acogida y la reactivación de las negociaciones con la UE en temas como la unión aduanera o la facilitación de visados. Turquía conseguía hacerse indispensable y ponía en valor su condición de gate-keeper” (Soler i Lecha, 2022: 268-269).

Esta crisis de los refugiados lleva al Acuerdo Unión Europea-Turquía, firmado el 18 de marzo de 2016, por el que Turquía se compromete a controlar los flujos migratorios provenientes de las rutas del Mediterráneo Oriental y el Egeo, produce resultados en cuanto a disminución de migrantes. El Acuerdo para la Unión Europea supone la externalización de la frontera, así como la mayor dependencia de Turquía, mientras que a Turquía le reporta una serie de medidas como la reanudación de las negociaciones de adhesión, la liberación de visados para ciudadanos turcos, el pago de 6.000 millones de euros destinados a la revisión y reforma del sistema migratorio, además de comprometerse los Estados comunitarios a reasentar un ciudadano sirio por cada sirio retornado a Turquía. En la práctica el Acuerdo se traduce en el control por parte de Turquía de la frontera europea desde su territorio.

Sin embargo, aunque se hayan disminuido las migraciones irregulares, el Acuerdo no ha cumplido sus objetivos dado que no se han producido avances en materia comercial, de movilidad y en la falta de reactivación de las negociaciones de adhesión, justificadas por parte de la Unión Europea por los incumplimientos de candidato en materia de derechos humanos. En febrero de 2020 se produce otra crisis al dejar de bloquear las autoridades turcas las fronteras durante 6 días, entrando algo más de 32.000 migrantes a la Unión Europea por Grecia. Esta presión migratoria por parte de Turquía da paso al deshielo de las relaciones bilaterales que desemboca en el proyecto de la Comisión Europea destinando 5.000 millones de euros a los tres países (Turquía, Jordania y Líbano) que reciben mayor número de migrantes sirios. Turquía es el más beneficiado con 3.000 millones de euros.

9. Conclusiones

En los últimos 20 años desde la llegada al poder del AKP como partido del gobierno ha detentado la iniciativa en política exterior. Esta hegemonía se ha visto conjuntada con pactos puntuales gubernamentales con otras formaciones políticas para ensanchar la base electoral. Sin embargo, esta situación no solamente afecta a la política interior, sino que también se traduce en la acción exterior de Turquía que en esencia es neo-otomanista, aunque ha transigido con elementos propios de otras corrientes geopolíticas, en función de la correlación de fuerzas, particularmente con el europesmo abanderado por el Movimiento Gulenista y la visión neo-euroasianista defendida por el MHP.

La evolución de la política exterior de Turquía con el AKP viene marcada por el aumento del dinamismo en sus zonas de interés con carácter más autónomo y asertivo en función de su percepción como potencia regional y global en un marco multidimensional. Se pueden establecer tres fases. La primera, marcada por la convivencia del AKP y el Movimiento Gulenista se caracteriza por sostenerse en la diplomacia y la cooperación, respondiendo a un contexto de bonanza económica donde preservar la estabilidad regional es el objetivo fundamental, ampliándose tanto con Europa como con Oriente Medio. La segunda, caracterizada por la ruptura entre el AKP y el Movimiento Gulenista, inicia una etapa de clara ideologización de la política exterior desde los postulados islámicos del AKP donde Oriente Medio devino en área de interés estratégico incuestionada y en detrimento de la Unión Europea ante el estancamiento del proceso de adhesión. Y la tercera, resultado del alineamiento entre el AKP y el MHP implica el tránsito hacia posiciones pragmáticas en

beneficio de una política claramente nacionalista y donde la zona asiática se asienta plenamente como área de interés estratégico para Turquía.

En estas dos décadas de gobierno del AKP la denominada nueva política exterior de Turquía mantiene diferentes frentes abiertos que no siempre responden a la misma estrategia, aunque sí que se aprecia un vector común: la ampliación de su influencia para consolidarse como una potencia regional y global. De aquí, su atención a Oriente Medio, Asia Central y el Mediterráneo Oriental, aunque esto significa variar sus prioridades como en el caso de la adhesión a la Unión Europea, que durante una etapa fue un objetivo central. Turquía no tiene el mismo interés por pertenecer a la Europa comunitaria y esta posee menor margen de maniobra y mayor dependencia por la externalización de las fronteras donde Turquía juega un papel relevante. Turquía como nación estratégica está más interesada en posicionarse en otras áreas del escenario internacional, sin abandonar su membresía en la OTAN y su bilateralidad con Estados Unidos, a pesar de los desencuentros, pero el orden internacional está en mutación y la posición de actores ascendentes implica reorganización de alianzas.

En el actual orden multipolar los centros de gravedad están cambiando, así como el sistema de alianzas. Las potencias regionales con influencia en escenarios concretos como Turquía cuenta, en las últimas dos décadas, con una política exterior caracterizada por la suficiente elasticidad y multidimensionalidad para encontrar los equilibrios necesarios a sus intereses nacionales, sin desvincularse de ningún actor estratégico en una lógica pragmática de mayor autonomía. Esta política exterior puede resultar tan efectiva como no exenta de riesgos.

Cómo citar este artículo / How to cite this paper

González Gómez del Miño, P. (2023). La política exterior y de seguridad de Turquía: europeísmo, neo-otomanismo y neo-euroasianismo. *Revista de Pensamiento Estratégico y Seguridad CISDE*, 8(1), 115-131. (www.cisdejournal.com)

Referencias

- Akkoyunlu. (2020). The Defeat of the 'Real' Neo-Ottomanists. *Open Democracy*, 5.
- Akkoyunlu. (2021). The Five Phases of Turkey's Foreign Policy under the AKP. *Social Research: an International Quarterly*, 88(2), 243-270.
- Akkoyunlu, K.; Öktem, K. (2016). Existential Insecurities and the Making of a Weak Authoritarian Regime in Turkey. *Southeast European and Black Sea Studies*, 16(4).
- Aoudé, I. G. (2020). Turkey and its immediate Arab Neighbors in the Twenty-First Century. *Arab Studies Quarterly*, 91-108.
- Aras. (2017). *Turkish Foreign Policy after July 2015*. Estambul: Istanbul Policy Center.
- Aras. (2019). The Crisis and Change in Turkish Foreign Policy after July 15. *Alternatives: Global, Local Political*, 44(1), 6-18.
- Aras, B.; Akarçersme, S. (2011). Turkey and the Arab Spring. *International Journal*, 39-51.
- Atiyas, I.; Bakis, O.; Ceviker Gurakar, E. (2016). Anatolian Tigers and the Emergence of the Devout Bourgeoisie in the Turkish Manufacturing Industry: an Empirical Analysis. *Economic Research Forum: Working Paper*, (1064), 1-32.
- Babci, H.; Serdar Erdumaz, A. (2017). The Middle East seen from Ankara. In *Turkey's Foreign Policy Towards the Middle East* (pp. 7-47). Newcastle: Cambridge Scholars Publishing.
- Baev, P. (2021). Russia and Turkey: Strategic Partners and rivals. *French Institute of International Relations*.
- Balaban, U. (2021). The Islamist-Secularist Coalition and Social Class in Turkey. *Johns Hopkins University Press*, 271-297.
- Balta, E.; Özel, S. (2021). Turkey's Foreign Policy: Opportunities and Constraints in a New Era. *Social Research: An International Quarterly*, 88(2), 539-560.
- Benli Altunisiç, M. (2020). The New Turn in Turkey's Foreign Policy in the Middle East: Regional and Domestic Insecurities. *Istituto Affari Internazionali*, 01-22.
- Berdirhanoglu, P. (2021). Cronyism through Financialization: Turkey's Neoliberal Transformation from Özal to Erdogan. *Social Research: An International Quarterly*, 88(2), 359-379.
- Brumage, J. (2015). The Turkish Arms Embargo, Part I. *Byrd Center*, 2015. (<https://www.byrdcenter.org/byrd-center-blog/the-turkish-arms-embargo-part-i>).
- Burak, B. (2011). The Role of the Military in Turkish Politics: To Guards Whom and From What?. *European Journal of Economic and*

Political Studies, 143-169.

Cerami, C. (2013). Rethinking Turkey's Soft Power In Arab World: Islam, Secularism, and Democracy. *Journal of Levantine Studies*, 129-150.

Cetinoglu Haunoglu, N. (2015). Turkey's Foreign Policy towards Iraq. In K. Hauser, *Iraq at a Crossroads* (pp. 51-60). Madrid: Casa Árabe.

Delay, G.; Friedman, D. (2013). The AK Party and the Evolution of Turkish Political Islam' Foreign Policy. *Insight Turkey*, 123-139.

Demir, I. (2017). Turkey's Foreign Policy towards the Middle East under the Shadow of the Arab Springs. Newcastle: Cambridge Scholars Publishing.

Ersen, E. (2019). The return of Euroasianism in Turkey: Relations with Turkey and beyond. In E. Ersen, & S. Kösten, *Turkey's Pivot to Eurasia: Geopolitics and Foreign Policy in a Changing World Order* (pp. 31-47). Nueva York: Routledge. Taylor & Francis Group.

González del Miño, P. (2021). El sistema política de Turquía. In G. Sánchez Medero, & R. Sánchez Medero, *Sistemas Políticos en Europa* (pp. 461-466). Tirant lo Blanch.

Hudson, V. M. (2005). Foreign Policy Analysis: Actor-specific theory and the ground of International Relations. *Foreign Policy Analysis*, 1-30.

Hudson, V. M.; Day, B. (2020). Foreign policy analysis. Classic and contemporary theory. Londres: Rowman & Littlefield.

Isiksal, H. (2017). Turkish Foreign Policy, the Arab Spring, and the Syrian Crisis: One Step Forward, Two Steps Back. In H. Isiksal, & O. Göksel, *Turkey's relations with the Middle East: Political Encounters after the Arab Spring* (pp. 13-31). Nueva York: Springer International.

Kara, M.; Sözen, A. (2016). Change and continuity in Turkish Foreign Policy: Evaluating Pre-AKP and AKP Periods' National Role Conceptions. *Uluslararası İlişkiler*, 47-66.

Keyman, F. E. (2017). A new Turkish Foreign Policy: Towards Proactive 'Moral Realism'. *Insight Turkey*, 55-69.

Kinikhoglu, S. (2022, marzo). Eurasianism in Turkey. *SWP Research Paper*(7), 1-30.

Kutlay, M. (2011). Economy as the 'Practical Hand' of 'New Turkish Foreign Policy': A Political Economy Explanation. *Insight Turkey*, 13(1), 67-88.

Kutlay, M.; Önis, Z. (2021). Turkish foreign policy in a post-western order: strategics autonomy or new forms of dependence. *International Affairs*, 1085-1104.

Morín, J. F.; Paquin, J. (2018). Foreign Policy Analysis. Londres: Palgrave Macmillan.

Murinson, A. (2006). The Strategic Depth Doctrine of Turkish Foreign Policy. *Middle Eastern Studies*, 42, 945-964.

Oguzlu, H. T. (2020). Turkish Foreign Policy in a Changing World Order. *All Azimuth*, 127-139.

Ömür Atmaca, A.; Torun, Z. (2022). Geopolitical Visions in Turkish Foreign Policy. *Journal of Balkan and NEar Eastern Studies*, 24(1), 114-137.

Önis, Z.; Kutlay, M. (2013). Rising Power in a changing global order: the political economy of Turkey in the age of BRICs'. *Third World Quarterly*, 1409-1426.

Ozdal, H.; Zvyagelska, I.; Svistuna, I. (2021). Russia and Turkey - Partners or Adversaries. *Friederich Erbert Foundation*.

Özdemir, E. (2010). Turkey's Middle East Policy in the Post-Cold War Era. *History Studies, Middle East Special Issue*, 272-285.

Özpek, B. B.; Demirag, Y. (2014). Turkish Foreign Policy after the 'Arab Spring': From agenda-setter state to agenda-entrepeneu state. *Israel Affairs*, 328-346.

Pérez Gil, L. V. (2021). Elementos para una teoría de la política exterior. Tirant lo Blanch.

Quamar, M. (2017, mayo 22). The Turkish Referendum and its Impact on Turkey's Foreign Policy. (<https://www.e-ir.info/2017/05/22/theturkish-referendum-and-its-impact-on-turkeys-foreign-policy/>).

Rodríguez López, C. (2017). Turquía: Geopolítica y Política Exterior. En C. Magallón Portolés (coord), *Oriente Medio: en busca de una paz justa*. Fundación Seminario de Investigaciones para la Paz.

Sánchez Herraiz, P. (2022). El Mediterráneo: ¿nueva zona de liza en la política global?, *El Mediterráneo un espacio geopolítico de interés renovado*. Instituto Español de Estudios Estratégicos.

Sánchez Tapia, F. (2019). Geopolítica del gas y militarización del Meiditerráneo Oriental. *Instituto Español de Estudios Estratégicos*, número 05/2019.

Sánchez Tapia, F. (2021). La industria turca de la defensa. Activo estratégico de primer orden. *Instituto Español de Estudios Estratégicos*, número 46/2021.

Sayari, S. (2014). Party system and democratic consolidation in Turkey: problems and prospects. In C. Rodríguez, A. Ávalos, H. Yilmaz, & A. Planet, *Turkey's democratization process*. Londres y Nueva York: Routledge.

Sheharyar Khan, M. (2015). The Transformation of Turkish Foreign Policy Towards the Middle East. *Pluto Journals*, 12(1), 31-50.

Soler i Lecha, E. (2020, noviembre/diciembre). Qué hacer con la nueva política exterior turca. *Política Exterior*, 92-102.

Soler i Lecha, E. (2022). Mediterráneo Oriental: conflictos, alianzas, agendas e implicaciones para España. *El Mediterráneo: un espacio geopolítico de interés renovado*. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Cuadernos de Estrategia, 213, 243-286.

Taş, H. (2017). A history of Turkey's AKP-Gülen conflict. *Mediterranean Politics*, 1-8.

Tee, C. (2021). The Gulen Movement: Between Turkey and International Exile. In M. A. Upal, & C. M. Cusack, *Handbook of Islamic Sects and Movement* (pp. 86-109). Leiden: Brill.

Tocci, N. (2014, Noviembre). Turkey and the European Union: A Journey to the Unknown. *Turkey Project Policy Paper*(5).

Ural, A. (2012). Results of the april 27, 2007 Turkish Military's e-memorandum. *Interdisciplinary Journal of Contemporary Research in Bussiness*, 727-737.

Uzgel, Í. (2020). Turkey and the Mediterranean Imbroglío: The story of an aspiring regional power. 1-16: *Friederich Ebert Stiftung*.

Yalvac, F. (2016). A Historical Materialist Analysis of Turkish Foreign Policy : Class, State and Hegemony. *Uluslararası İlişkiler*, 3-22.

Yılmaz, H. (2020). Neoliberal and Financialization in Turkey. *CUNY Graduate Center*, 1-24.